

UNA BABEL SILENCIOSA: INCOMUNICACIÓN Y CRISIS DEL HOMBRE EN EL MUNDO DEL *SOCIALNETWORKING*

César Félix Sánchez Martínez

1. Un *caveat* necesario

Escribí este artículo hace cerca de cuatro años y sigue estando vigente en sus premisas y conclusiones generales, aunque el grado de daño al espíritu y convivencia humanos se ha hecho mucho más profundo. Una generación criada al calor de la adicción al *Smartphone* y cuya segunda naturaleza es el *transtorno de déficit de atención* y la sobre-estimulación auditiva y visual se encuentra ahora plenamente activa y presente en la vida social, imprimiendo su carácter a la cultura de Occidente. Además, en estos mismos instantes –Lunes Santo de 2018– reverbera mediáticamente el escándalo de *Cambridge Analytica* que, con la complicidad de Facebook Inc., habría desarrollado una gigantesca operación de manipulación psicológica y propaganda, basándose en el uso no autorizado de datos privados de cerca de 50 millones de usuarios, a pedido de la campaña de Donald Trump en 2016.

Lo que desde siempre habíamos intuido muchos –las sinistras dimensiones espirituales de una red social aparentemente juvenil vinculadas a mecanismos de manipulación masivos nunca antes vistos– es ahora una realidad palpable, aunque sólo en su aspecto más superficial y tendencioso. Las condiciones psicológicas para la mayor de las manipulaciones, «la constitución de un despotismo, el más gigantesco y asolador de que hay memoria en los hombres» (1), en palabras de Donoso Cortés, ya están puestas.

(1) JUAN DONOSO CORTÉS, *Obras completas*, Madrid, BAC, 1970, tomo II, pág. 316.

2. Facebook: algo más que un síntoma

Prosopobyblifobia. Esta palabra, casi impronunciable para algunos, circuló hará un par de años en referencia a un tipo de ansiedad nueva «descubierta» por los investigadores. Aunque su nombre, con la solemne y casi fulminante sonoridad de la lengua ática, parece remitirnos a extraños padecimientos siquiátricos, se refiere a algo mucho más común y corriente: fobia al *prosopobyblion*, es decir, a Facebook.

Si bien es cierto que el término «fobia» es aplicado aquí en un sentido análogo –puesto que es un rechazo que no involucra por lo general el grado de reacciones somáticas y de pánico que se manifiestan en la generalidad de casos de las fobias clásicas–, puede ser ciertamente insidioso. Podría decirse incluso que este trastorno es una inédita mezcla de fobia, ansiedad, adicción y depresión.

La Academia Americana de Pediatría ha denominado *depresión de Facebook* a esta condición, caracterizada por la ansiedad de actualizar el «estado» y revisar la vida virtual de los que se ven más felices, acaba provocando sentimientos de angustia, ineptitud y, en algunos, estados depresivos.

Un estudio de la Universidad de Utah Valley, en Estados Unidos, titulado *Ellos son más felices y tienen mejor vida que yo* informa que el uso intenso de Facebook genera individuos tristes (2).

La razón de esta tristeza es a la vez simple y compleja: la falsedad –o si queremos ser más formales– la casi general no correspondencia de expresado en el Facebook con la realidad: «[L]os mensajes colocados en el sitio suelen no corresponder a la realidad. La gente tiende a retratar sólo lo bueno o lo sensacional de sus vidas. Las fotos en Facebook generalmente muestran personas sonrientes y muy alegres, pasando buenos momentos y transmitiendo una sensación de felicidad intensa. A quienes frecuentan Facebook asiduamente,

(2) H. CHOU y N. EDGE, «“They Are Happier and Having Better Lives than I Am”: The Impact of Using Facebook on Perceptions of Others’ Lives», en *Cyberpsychology, Behavior, and Social Networking*. <http://online.liebertpub.com/doi/abs/10.1089/cyber.2011.0324>, consultado el 27 de febrero de 2014.

les queda la impresión de que esa felicidad intensa de sus “amigos” es auténtica, y por eso piensan que sus amigos son más felices que ellos. Y como resultado quedan más tristes. Y se sienten forzados a colocar sus propios shows de felicidad en sus perfiles y se inicia un círculo vicioso en el que todos parecen publicar en su muro las cosas que mejor impresionan o transmiten una intensa felicidad» (3).

Es decir, la naturaleza malsana del Facebook se explica precisamente por su *retórica*, por el núcleo mismo de lo que según algunos es su *raison d'être*: no mentir conceptualmente pero sí contextualmente. La red social aspira a convertirse en testigo a tiempo real de todos los episodios de una vida, pero condicionándolos de todas las formas posibles, hasta adocenarlos en una suerte de ortodoxia del gesto feliz omnipresente (4).

El círculo vicioso generado parece ser el antónimo perfecto de la *beata vita* clásica y cristiana, paradigma del buen vivir en la tradición occidental, expresada, por ejemplo, en la *Oda A la Vida Retirada*, de fray Luis de León: «¿Qué presta a mi contento/si soy del vano dedo señalado; /si, en busca deste viento, /ando desalentado/con ansias vivas, /con mortal cuidado?», o más exactamente en otro verso suyo, donde elogia a quien «a solas su vida pasa, /ni envidiado ni envidioso». Facebook, por el contrario, nos revela un mundo de *envidiosos envidiados*, donde «aquella cierta tristeza producida por el bien de otro», que es como el Aquinate, siguiendo a San Juan Damasceno, definía la envidia, amenaza con convertirse en una *forma mentis* generalizada.

A este respecto, *The Social Network* (2010) de David Fincher, película que narra los orígenes de Facebook, nos revela episodios bastante sugerentes en la vida del personaje principal,

(3) AA.VV., «¿Qué pasa con Facebook?», *Tesoros de la Fe* (Lima), núm. 146 (2014), págs. 6-7.

(4) Instagram, otra red social que amenaza con desplazar a Facebook en las preferencias del público, parece haber llevado esta circunstancia al paroxismo, cfr. J. WINTER, «Selfie-Loathing Instagram is even more depressing than Facebook», *Slate Magazine*, http://www.slate.com/articles/technology/technology/2013/07/instagram_and_self_esteem_why_the_photo_sharing_network_is_even_more_depressing.html, consultado el 27 de febrero del 2014.

basado casi íntegramente en Mark Zuckerberg, el creador de la red social; allí, como un contrapunto que atraviesa la película, desde sus primeras escenas hasta el final, vemos una representación de los siete vicios capitales de la patristica, tanto como motivación de las acciones del personaje o como consecuencia de ellas, casi tan clara como si se tratase de un auto sacramental del Medioevo, pero ciertamente sutil, en un juego de sombras con la trama. Especial importancia entre los vicios representados lo posee la envidia, que parece ser el primer motor del personaje.

¿Qué es lo que ha ocurrido? ¿Qué pudo transformar a una herramienta surgida supuestamente para comunicar a las personas en una época que se proclama a sí misma como la era de las comunicaciones en un *vicio* e incluso en una enfermedad, en una paradójica Torre de Babel, tanto llena de ruido y confusión sin significado, como de silencio, del silencio de la soledad y aislamiento que acaba produciendo?

En las siguientes líneas pretendemos echar algunas luces al respecto y señalar un horizonte posible de reflexión ante la realidad que hemos descrito.

3. Las raíces del problema: funcionalismo y crisis de la mente moderna

«La época contemporánea –decía Gabriel Marcel– creo que podría caracterizarse por algo que podría llamarse, sin duda, desorbitación de la idea de función [...]. El individuo tiende a aparecer como un simple haz de funciones» (5). El filósofo francés nos revela que detrás de esa reducción de la persona a sus funciones se encuentran «razones históricas muy profundas» que se remontan, en última instancia, al giro subjetivista del pensamiento occidental, surgido con Descartes y Kant.

Aunque pueda parecer difícil de creer, nunca en ninguna época histórica previa de la humanidad, se ha vivido en

(5) Gabriel MARCEL, *Aproximación al misterio del ser. Posición y aproximaciones concretas al misterio ontológico*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1987 [1933], pág. 23.

un ambiente tan impregnado por los *proyectos* de los filósofos. Antes, el filósofo se esmeraba en contemplar la realidad de las cosas y de ahí extraía sus reflexiones, que más que «sistemas» –o su visión en negativo, incluso más *totalizante* y tirana: los «antisistemas»– consistían en una metafísica, que podía ser bastante rica y abundosa en algunas de sus dimensiones, pero que en líneas generales no era más que una profundización en las verdades de carácter sapiencial que ya las culturas tradicionales cultivaban. A partir del surgimiento de la modernidad, el filósofo pretende, en el horizonte del *verum ut factum* del que hablaba Vico, elaborar construcciones que le aseguren, no ya la búsqueda y contemplación de la verdad, sino la sensación psicológica y voluntarista de *certeza*, aun si disfrazada de método científico o de ciencia del todo, que no esconde más que una angustia por un escepticismo de cuño nominalista, que descrea de la potencia de la mente humana por llegar a asemejarse a la verdad a través del conocimiento intelectual y, particularmente, de aquella palabra desterrada a los extramuros del pensamiento, el *amor*.

Sin embargo, a pesar de que con los vaivenes de la historia de la cultura humana en los últimos tres siglos se presentaron ocasiones donde estas construcciones fueron sometidas a intensa crítica (basta mencionar a Pascal, Kierkegaard y la inmensa reacción, primero espiritualista, y luego neoescolástica y personalista de finales del siglo XIX y de la primera mitad del siglo XX), las élites intelectuales se impregnaron de este espíritu y a medida que las revoluciones políticas reconfiguraban el rostro de Europa y del mundo occidental, tendieron a expandirlo a través de los aparatos educativos y de la estructura de los estados modernos, que encuentra en el culto a la burocracia su culmen. Pero en el ámbito de la *micropolítica* familiar, de las costumbres, de la religiosidad que todavía vivificaba a las mayorías silenciosas de los pueblos occidentales hasta el siglo XX, se conservaban importantes vestigios de la cultura tradicional, combatida y menoscabada, pero todavía en perfecta forma. La situación actual es sensiblemente diferente: la urbanización masiva del mundo, la crisis de mayo del 68 y los radicales procesos de reingeniería social en Occidente nos brindan un panorama

diverso: la élite intelectual ha dejado de existir, reemplazada por académicos aislados, que quizá cuenten con una cantidad de recursos para el cultivo de la vida intelectual como nunca antes en la historia, pero que se encuentran presos de una suerte de acedia teórica, que –con excepciones– los hace inorgánicas y lujosas piezas de colección de alguna universidad cada vez más orientada hacia la tecnocracia o el cientificismo o, en casos no sabemos si mejores o peores, inorgánicas celebridades de *mass media* de quince minutos, llamadas a brindar eslóganes breves e ingeniosos para consumo de un público fugaz.

No obstante, donde se han refugiado los manes de las antiguas construcciones modernas y sus séquitos de subsistemas y falsos opositores es en la vida cotidiana de la clase media global, usuaria de las nuevas tecnologías y casi absolutamente uniformizada en el consumo. Ignorante y ajena al ideal de educación en «cultura general» que incluso alcanzó a la generación de sus abuelos, este sector cuenta con el mayor número de mecanismos de expresión que haya podido disponer el hombre desde el origen de los tiempos. Ahí encontramos, en vivo y en directo y por obra de multitud de epígonos inconscientes, el sentimentalismo revolucionario y asocial de Rousseau, la paradójica exigencia de datos duros y «pruebas» científicas y la imposibilidad –incluso psicológica– de poder establecer relaciones de causalidad y finalidad entre ellos, que nos remite a todos los nominalismos, desde Occam hasta Hume, el amor por las estructuras sin contenido, autoimpuestas y autolegitimadas, imaginadas como solución para casi todo, idea tan cara a la ética de Kant. Todo coronado por la oscilación pendular entre la exasperación esteticista, irracional y a veces violenta de Nietzsche, verdadero maestro de esta época, y el agnosticismo general, hedonista y falsamente sosegado de muchas de las escuelas psicológicas modernas.

Este *filosofismo*, considerado por los apologistas contrarrevolucionarios de inicios del siglo XIX como un cáncer de las élites que llevaba a las naciones a la ruina, que sólo sobrevivían por el impulso hacia lo natural del pueblo, una vez apaciguadas en él las brasas de la agitación y la demagogia, ha pasado de forma vivencial e inconsciente a las mayorías.

Ante un panorama semejante, Chateaubriand, De Maistre o Donoso Cortés probablemente augurarían la desaparición casi inmediata de tales sociedades y su retorno a una especie de caos primordial.

Es lógico, por tanto, que partiendo de la negación de la capacidad humana de conocer una realidad metafísica extramental –núcleo del giro filosófico moderno– y la convicción empirista de que solo lo medible es propiamente cierto, la persona humana acabe reducida a aquello que en ella es más *medible*: sus funciones, sean materiales, psicológicas o intelectuales. Así, las redes sociales no serían ya espacios de expresión de la persona humana en su totalidad y especialmente a través de lo que ella tiene de más *expresable*, eso es, el espíritu; sino espacios de construcción de funciones medibles socialmente aceptadas, que llevan los nombres de «felicidad» o «amor» como rótulos gastados que ya casi nadie entiende, pero que a lo único que pueden apelar es, en resumidas cuentas, a una simple conmoción de las facultades sensibles, a través de imágenes y gestos superficiales.

Ciertamente parece que asistimos a la apoteosis de lo que Gabriel Marcel denunciaba hace casi ochenta años. Parece ya no tratarse de un simple vaivén descontrolado del viejo *hybris* de los hombres, sino de una verdadera transformación del hombre, que parece cumplir a nivel universal, como una profecía, aquella lapidaria sentencia del filósofo belga Marcel de Corte ante el hombre-masa pequeño-burgués occidental, laicista y radicalizado, de los años 30: «Asistimos así, en todos los planos, a la paradoja esencialmente monstruosa de nuestro tiempo: jamás los hombres estuvieron más atomizados, ni fueron más egoístas, ni vivieron más separados los unos de los otros; y jamás fueron *más parecidos entre sí!*» (6).

4. Hacia una salida: *Instaurare Omnia in Sacra*

Pretender una solución en cuanto formula sistemática y abstracta sería caer precisamente en el mismo espíritu de

(6) Marcel DE CORTE, *Encarnación del hombre. Psicología de las costumbres contemporáneas*, Barcelona, Editorial Labor, 1952 [1942], pág. 120

construcción voluntarista que es el substrato filosófico del problema. En este acápite brindaremos simplemente unos matices *sapienciales*, algunas reflexiones aplicables que nos pueden llevar a meditar en posibles formas de alejar el fantasma de la degradación de la persona en las redes sociales.

«La cortesía es la caridad lo que la liturgia es a la oración: el rito que la expresa, la acción que la encarna, la pedagogía que la suscita. La cortesía es la liturgia de la caridad fraterna», escribía el padre Roger Dupuis, S.J., hará casi sesenta años. Y una de las formas de poder evitar las consecuencias más indeseables de la «tristeza del Facebook», esa agresividad disfrazada de espontaneidad o «camaradería» que muchas veces se expande en los debates y comentarios, es teniendo presente, no una visión abstracta o sentimental del amor –de la que la red social está repleta, en millones de expresiones superficiales o frívolas–, sino a través de hábitos, de gestos concretos, de virtud. En este caso la cortesía nos permite contener todo aquel *output* no pensado que amenaza con salir de nosotros, bajo el disfraz de «expresión espontánea» en un contexto de sobreestimulación sensible como el del Facebook. Así, no solo cumpliremos con el precepto básico de amar al prójimo, respetándolo, sino educaremos nuestra palabra y nuestra vista ante el multiforme espectáculo que antes podía angustiarnos y a la vez, paradójicamente, convertirnos en adictos.

Uno de los grandes logros de la sociedad cristiana europea fue el cultivo de la cortesía, que no por nada lleva en uno de sus sinónimos la huella de la institución quintaesencial de la Cristiandad medieval: *caballerosidad*. ¿De dónde surgía esta *caballerosidad* y por qué apareció en esta época? Nació simplemente de la misma fuente de donde nacieron el arte gótico, la escolástica tomista y bonaventuriana, el canto gregoriano y la poesía de Alighieri: de la *sacralización* de todo obrar humano en las realidades temporales.

Sacralización palpable a través de la belleza, pero no de una belleza sometida al capricho de la mera «experiencia artística», sino que es reflejo y participación de la Luz Increada.

No ha de generar una sanidad espiritual masiva en la humanidad contemporánea de forma súbita, pero *sacralizar*

nuestra vida cotidiana, generando ambientes que estimulen a la virtud en todos los ámbitos, incluidos las cada vez más crecientes espacios digitales, podrá lograr que, en nuestro círculo más inmediato y en nosotros mismos, procuremos una restauración de la comunicación como una comunión con Dios y con los demás, lejos de distorsiones nacidas de reduccionismos e instrumentalizaciones.

Es esa sacralidad a la que Saint-Exúpery llama, en las palabras finales de *Ciudadela*, el «fuego del fervor» que es «lo único importante» y que permitirá edificar la comunidad de los hombres, único remedio contra el «frío» de la cultura de la muerte (7).

(7) Antoine DE SAINT-EXÚPERY, *Ciudadela*, Madrid, Alba Editorial, 1997 [1948]. Abunda en este tema, a partir del estudio de las obras de este novelista francés, el hermoso libro de Rafael GAMBRA, *El Exilio y el Reino. La comunidad de los hombres y sus enemigos*, Barcelona, Scire, 2009; lectura imprescindible en esta *hora de las tinieblas* del espíritu.